

Fragmento de *“La Noche del Rebelde”* 2º Premio Gabriela Mistral año 1967, Editorial Zig-Zag, 1969

El Café Riquet huele a queque, a jengibre tostado, a pasteles. Las señoras y las niñas que han ido por sus compras al puerto, llegan a las cinco de la tarde cargadas de paquetes, a tomar té. Macarena entra. Hace frío y viento afuera. El salón esta tibio y acogedor. El dueño, con su infaltable nariz colorada, sonrío con amabilidad. Macarena, le devuelve el saludo y busca una mesa cerca de la ventana. Se desabotona el impermeable, y antes de sacárselo, un vecino de mesa, rubio, con anteojos, se precipita ayudarla.

- Gracias – murmura encantadoramente, prodigándole una coqueta mirada. Se sienta de espaldas al vecino.

En la mesa contigua, a la derecha, un enano, vestido elegante, con dos caballeros, y más allá una inglesa, teje. De pronto se abre la puerta y entra otro enano; pero éste, mendigo. Se detiene de mesa en mesa por una limosna (ojeada veloz al elegante). “¿Le pedirá dinero? Suspenso. Nadie osa meter bulla. “¿Significa una humillación pública? Parece que la duda no se le plantea, pues con gigante desenvoltura lo aborda. Enano a enano. El enano pudiente apenas le concede una mirada tras buscar afanosamente unas monedas en el bolsillo de su chaleco. Impertérrito el mendigo aguarda. Le deja caer unas monedas en su manita y reanuda la conversación con sus amigos, en tanto el mendigo se aleja y los espectadores respiran con soltura.

Al salir del Riquet subí al Cerro Alegre. Imposible determinar como surgió Roberto. Me tendía la mano desde el fondo de un callejón. La tomé y me dejé conducir. ¿qué me importaba a mí dónde me llevara? Escalamos. El cielo seguía incendiándose. Llegamos al Cementerio con sus cruces y muros albos. Roberto canturreaba. Cerca de un farol lo miré. Distinguí su cabello vigoroso unos ojos penetrantes tras los anteojos en un rostro anguloso, atormentado. Sonreía. Nuestros pasos en los adoquines retumbaban. Aceleramos la marcha.

Una interminable escalera.

Descendimos. En un descanso dobló hacia la derecha. Lo seguí. Un pasaje entre dos edificios altísimos, grises, forrados en calaminas, unidos entre sí por innumerables pasarelas, escaleras, balcones, apareció hermético, solitario.

Roberto me tomó del brazo y me arrastró por el laberinto de escaleras. Abrió una puerta. Me sentí ciega. Toda la luz del sol concentrada en la galería, aunque éste se hallaba oculto. Encandilada. Inmóvil. Pasamos a otra habitación íntegra verde, tapizada de plantas, parras, palmeras. En uno de esos muros, a grandes trazos con tiza, se leía: “Sólo los idiotas viven en un inundo feliz. Trata de serlo”. En un rincón, en medio de pilas de lana blanca, un hombre sentado en el suelo escarmenaba.

Ágiles sus dedos se movían con rapidez prodigiosa, esponjando, creciendo el vellón sedoso. Apenas el hombre de la lana me vió se zambulló debajo de sus montones.

-¿Qué le pasa? – interrogué a Roberto, sorprendida.

Se alzó de hombros y se sentó en un escaño. Yo lo imité. El hombre de la lana reapareció y comenzó a sacarse de los bolsillos infinidad de pájaros. Volaban por la habitación. Uno de ellos aterrizó sobre mi cabeza. Mi compañero lo cogió y me lo entregó. Yo lo solté.

- Pinguera – dijo.

El pequeño colibrí color verde con una mancha naranja, luminosa, en la coronilla, se sostenía en el aire agitando sus alas.

- Inclina la cabeza, mírate al espejo.

Obedecí. En mi nuca lucía la misma mancha del colibrí. Me froté el pelo con un pañuelo. Volví a contemplarme al espejo: la mancha persistía.

- No te preocupes – me tranquilizó Roberto-. Ahora sé que eres uno de los nuestros.

- ¿De qué nosotros? –interrogué-

- De los sin botones.

Enmudecí.

Chirriaba una rueda. Pronto entró a la pieza una vieja envuelta en harapos muy limpios sentada en una carretilla de jardín. Un muchacho gordo – demasiado gordo para usar pantalones cortos- empujaba la carretilla. La vieja era de una belleza excepcional.

La vieja gritó al verme:

- ¡Defiéndame de Este bruto! ¡se lleva pegándome!

Inmediatamente el muchachón sacó un látigo y comenzó a azotarla. La vieja se lamentaba.

Me incorporé con violencia de mi asiento. Intenté quitarle el látigo. La vieja asió una de mis manos y me la lamía.

- ¿Por qué le pega? – interrogué al verdugo buscando con la vista a Roberto, quien ya no estaba.

- Porque yo soy quien la cuida. Depende de mí.

- ¿Y por eso la azota?

- Me aburre. Quiero jugar fútbol, en cambio paso encerrado cuidándola.

- Es atroz lo que hace. Mándela a una casa de reposo, mejor. – La vieja se puso a bramar.

- ¡No! ¡Noo! – gritaba- prefiero morirme.- Y me soltó bruscamente la mano, no sin antes clavarme sus uñas y lanzarme una bofetada que esquivé.

- ¿A lo mejor usted se interesa en cuidarla? – me dijo el muchachón tomando la carretilla y saliendo de la pieza.

En la sala, sólo el hombre de la lana seguía sacándose pájaros de sus bolsillos.

“Debo irme”, me dije. Abrí la única puerta y me hallé en una pieza chica, sin ventanas, donde una docena de muchachos y muchachas escuchaban jazz, fumando. Algunos hojeaban revistas, muchos yacían tendidos, ya sea en el suelo, sobre cojines o en un canapé. Incluso había un muchacho arriba de una hamaca que colgaba del techo y que, para participar en la conversación, se asomaba por un agujero en la lona.

-¡Pinguera! – gritó al verme. Los demás corrieron hacia mí y me arrancaron los botones de mi vestido que cerraban el escote.

-¡Súbete! – ordenó el de la hamaca lanzando una cuerda.

Intenté escapar. Me cerraron la puerta y entre cuatro muchachos me levantaron del suelo y comencé a trepar por la cuerda. “Liberarme de la jauría”. Ya arriba, el muchacho de la

hamaca me ayudó a instalarme junto a él. Cogió mi rostro, “me besaré”, pero torciéndome la cabeza me obligó a mostrarla.

-¡Pinguera!- gritaron al unísono, y de inmediato comenzó a balancearse la hamaca. Me sentí hartó mareada. En un movimiento brusco volteó la hamaca. No logré asirme y caí al espacio...

Abajo me recibieron los muchachos en una carpa. Me llevaron en peso boca abajo. Se organizó un desfile. Silbaban en coro. Tendiéronme de espaldas sobre una mesa y me sumergieron el cabello en el agua de un lavatorio.

Aterrada abría los ojos en busca de Roberto o de alguna mirada solidaria, pero los rostros continuaban divertidos y risueños y ninguno parecía dispuesto a compartir mi sufrimiento.

-¡Ya!- gritó una voz en medio de intensos silbidos, y cesaron de refregarme el cuello cabelludo.

Me senté en una mesa. Por mis espaldas chorreaba mi melena. Comenzó a empapárseme la bata.

-Ven conmigo-me dijo una muchacha de flequillo. La seguí tras un biombo. Me saqué la ropa y me dio una falda de felpa blanca. Abandonamos el biombo.

Roberto, en medio de la sala, con una copa inmensa de cristal azul en una mano, me esperaba.

-¡Atención! La serpiente.

“¿Qué me aguarda ahora?” Una muchacha se deslizaba por el suelo como una culebra mientras los demás imitaban los sonidos del vípero.

Me acerqué a Roberto. En el interior de la copa se retorció una cobra con su cabeza aguda y pesada. Me confundí. Comprendía que era una consagración. Roberto colocó la copa encima de mi coronilla diciendo algo por el estilo:

-Desabotonada, ciega y demente te aceptamos. Con o sin tu voluntad, eres nuestra. Te llamarás Lechuga. – Y me pasaron una mata de ella, que arrojé al suelo con rabia ante la risa general.

Pretendí huir, pero Roberto me cogió por la cintura y se puso a bailar conmigo un blue antiguo.

- Cuéntame ¿qué haces? ¿con quién vives? ¿tienes pena? ¿a quién amas? Cuéntame todo de ti, que necesito saberlo.- Me estrechaba firme y dominante, sin posibilidad de evasión. Permanecí muda.
- Quiero irme – declaré al cabo, rendida de agotamiento.
- Te iré a dejar mañana, pero dime ¿dónde vives? ¿te puedo volver a ver mañana?
- Ante mi negativa:
- ¿Deseas ser amiga mía?
- No – dije. No –grité.

Me soltó. Corrí hacia la puerta, la abrí y me encontré con la vieja de la carretilla, que adueñada del látigo, se desquitaba dándole azotes al muchachón. Abrí otra puerta y nuevamente me sentí encandilada. Diré sobre mí misma y, en la puerta, Roberto me cubrió con una manta y me pasó mi vestido y un minúsculo paquete.

- Te dejaré en el plano si te opones a que te acompaña a tu casa.
- Comenzamos a descender escalones..., escalones...

- Detuvo un taxi.
- Dáale tu dirección.
- No – repuse.
- ¿tienes dónde dormir?
- Allí – dije señalando un hotel.
- Bien.

Caminamos media cuadra y entramos en un hotel con una amplia escalinata de mármol.

- Una habitación para dos- pidió Roberto en la conserjería.
- ¿Nombre?
- Lechuga Pinguera.
- El carnet.
- Sígame por aquí – dijo un hombre uniformado de rojo descolgando la llave del tablero y caminando adelante.

Roberto me tendía la mano, igual que en el callejón.

Me incorporé y, en vez de seguirlo a través de la mullida alfombra, corrí escaleras abajo.

Salí a la calle y tomé el primer taxi.

Alojé en Viña, donde mis primas. En el trayecto abrí el paquete. El colibrí muerto, caliente aún, yacía entre mis dedos.